

ILUSTRACION ARTISTICA

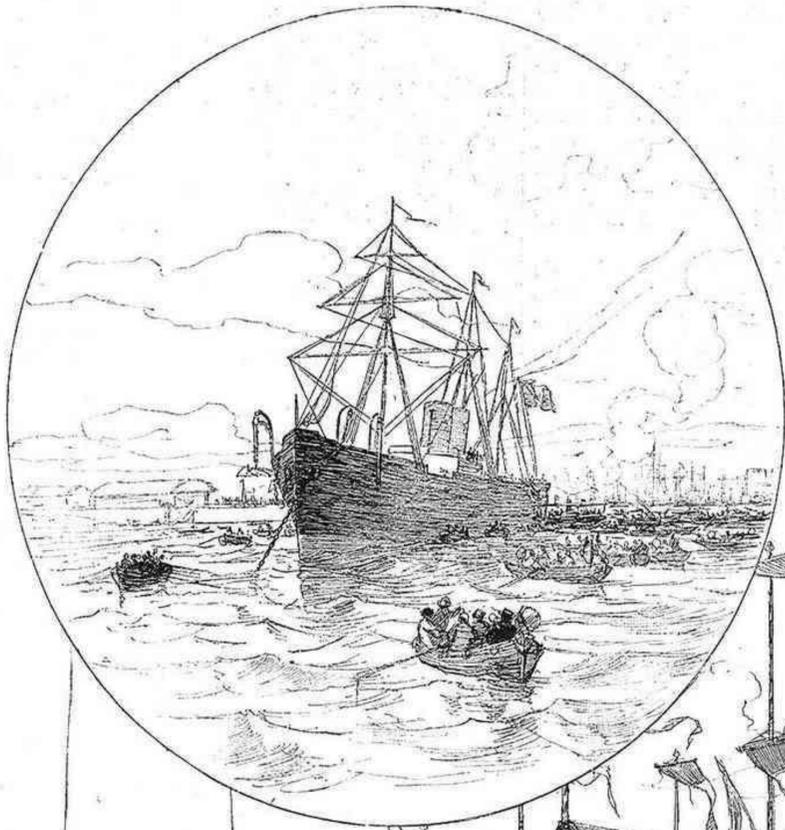
AÑO V

BARCELONA 20 DE SETIEMBRE DE 1886

NUM. 247

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA



EL VAPOR «NORD-AMÉRICA» EN EL PUERTO DE BARCELONA

Recepción al saltar en tierra, en el pabellón levantado junto al desembarcadero de la Paz, dibujo de J. L. Pellicer

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Los periodistas italianos en Barcelona.*—*El brujo de Alcornocel* (continuación), por don Juan Tomás Salvany.—*Las medallas de la creación*, por don Juan Vilanova.—*El dogal de piedra*, por don Luis Carrillo.—*Un invento prodigioso*, por el Doctor Hispanus.

GRABADOS.—*Recepción al saltar en tierra, en el pabellón levantado junto al desembarcadero de la Paz*, dibujo de J. L. Pellicer.—*Estudiantes de geología*, dibujo de Percy Tarrant.—*La fiesta de las flores en Venecia*, cuadro de A. Opolli.—*Expedición a Vallvidrera*, dibujo de J. L. Pellicer.—*En el café del Circo ecuestre*, dibujo de J. L. Pellicer.—*Suplemento Artístico: El banquete de Herodes*, cuadro de P. Rubens.

NUESTROS GRABADOS

ESTUDIANTES DE GEOLOGÍA,
dibujo de Percy Tarrant

A cuantos examinen este intencionado dibujo, les propondríamos este sencillo problema: Dado el sitio, la serenidad de la atmósfera, las frescas brisas que del mar soplan, la soledad, y la diferencia de sexo de ambos estudiantes, ¿qué resultará al fin del curso? Nosotros creemos que en vez de un conocimiento profundo de la estructura de las rocas, de la composición del terreno, y de las diferentes capas de la corteza terrestre, nuestros dos estudiantes lo habrán trabado con la vicaría, y que en vez de examinarse de una asignatura, se habrán examinado de doctrina cristiana, y recibido la bendición nupcial, como remate y fin de sus excursiones científicas.

LA FIESTA DE LAS FLORES EN VENECIA,
cuadro de A. Opolli

Esta obra de arte no puede apreciarse debidamente por medio del grabado, que nunca podrá reproducir dos cosas características en Venecia, la luz de su cielo y el color de sus palacios. La fiesta de las flores es una costumbre poética, galante, propia de un pueblo que, embriagado por los aromas del Lido, perdió su antigua virilidad y arrió la bandera de la República ante Napoleón primero y ante los austriacos más tarde. No hay, pues, que criticar el asunto: flores y Venecia son dos cosas que casan perfectamente.

No nos parece tan acertada la época en que se supone la escena: los trajes de últimos del pasado siglo y principios del presente, llamados vulgarmente casacones, no armonizan con el carácter especial de la arquitectura veneciana, que en todo y por todo recuerda la Edad Media. Por de contado que en Venecia se ha vestido como en el resto de Europa y que la escena pintada por Opolli lo mismo pudo haber tenido lugar a fines del siglo XVIII que a fines del siglo XV; mas a pesar de todo, los figurones del cuadro desentonan de la decoración, y pudiendo el artista escoger la época hubiera sido preferible elegir otra más remota, otra en que la poesía de la localidad y la de la fiesta descrita no hubieran puesto tan de relieve lo horrible de esos trajes, casi tan horribles como los trajes al uso del día. Conste, por lo tanto, que de este cuadro nos quedamos con las piedras y prestamos las figuras a quien las apropie más a la idea que tenemos formada de Venecia y de los venecianos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

BANQUETE DE HERODES, cuadro de P. Rubens

Este cuadro forma parte de la rica colección de cuadros que Hermann Linden posee en Nueva York. Es una de las obras más notables de Rubens, tanto por su carácter dramático como por la armonía del colorido. La figura de más efecto es la de Herodes que sombrero, lívido y horrorizado, estrujando con la mano izquierda convulsivamente el mantel, contempla inmóvil la cabeza de San Juan Bautista que su hija Salomé le presenta en una fuente con la mayor tranquilidad y hasta manifestándose sorprendida de la impresión que causa a su padre la vista del sangriento despojo. La colocación profundamente estudiada, correcta y armoniosa, de todas las figuras y grupos revela el genio y la experiencia de Rubens, cuyo sello peculiar se ve impreso en cada pincelada del cuadro en el cual no trabajó, sin duda alguna, ninguno de sus discípulos. Es de presumir que el gran maestro pintó este lienzo poco después de su casamiento, en 1630, con su segunda esposa, la bella Elena Fourment, puesto que la cabeza de Herodías, esposa de Herodes, es su retrato, del propio modo que la de este último es el retrato del mismo Rubens, vestido a la moda española de su tiempo. Entre los comensales vemos los retratos de Pablo Veronese, a la izquierda, y a su lado al Tiziano; sigue luego mirando a los dos, Miguel Ángel señalando con el dedo a Rubens ó sea a Herodes. En medio de todo el grupo de comensales está Rafael con la barba corta como lo representa el grabado de Bonasone. Su vecino inmediato es Palma el Vecchio con la cabeza y barba blancas, ostentando la cadena de oro sobre su capa con valona de piel, conforme está representado en casi todos los retratos más antiguos. Completa el grupo de pintores célebres el Vasari, el biógrafo de los maestros italianos. Toda la parte central, la izquierda, el primer término y el fondo del cuadro son de estilo italiano puro, mientras la parte derecha lleva tanto en su composición como en el colorido todos los rasgos característicos de la escuela flamenca.

Respecto de la historia de esta obra, añadiremos que poco después de haber salido de manos del maestro pasó a formar parte de la colección de Milich en Nuremberg, una de las mejores de aquella época. En 1675, es decir, treinta y cinco años después de la muerte de Rubens, figura ya entre los lienzos «escogidos» de la galería de Sybrecht de Amsterdam. De allí pasó a Inglaterra a la colección de una de las familias más opulentas de aquel país, donde adquirió grandísima fama. Un descendiente de esta familia cuya fortuna había menguado mucho, se embarcó con el cuadro para los Estados Unidos de América, donde le compró por 100,000 pesos una compañía formada expresamente para enseñarlo en todas las ciudades de la Unión. Concluida esta excursión, pasó el lienzo a ser propiedad de uno de los individuos de esta sociedad, del cual lo adquirió Hermann Linden.

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA

La índole especial de nuestro periódico no nos ha permitido ocuparnos con la debida oportunidad de la llegada a nuestra capital, a fines del pasado agosto, de una numerosa comisión de representantes de la prensa italiana, sobre cuya breve estancia en ella han dado los necesarios detalles los periódicos diarios de Barcelona.

Pero merced a ese mismo carácter, propio de las publicaciones ilustradas, podemos hoy representar en las páginas de la nuestra algunos de los episodios que han

marcado la visita de tan simpáticos huéspedes; y el experto lápiz de nuestro director artístico, el conocido pintor y dibujante Sr. Pellicer, da en el presente número a los abonados de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA una idea de algunos de los festejos que en Barcelona se han improvisado para obsequiarles.

Teniéndose noticia con muy contados días de anticipación de la visita que los periodistas de Italia se proponían hacernos, galantemente invitados al efecto por el marqués Durazzo, que puso a su disposición el magnífico vapor trasatlántico *Nord-América* del que es armador, el Ayuntamiento, la colonia italiana, la Junta directiva de la Exposición universal, el Fomento del Trabajo nacional y diez y siete representantes de otros tantos periódicos diarios ó semanales de Barcelona organizaron una serie de obsequios, a fin de recibir con la cortesía y cordialidad propias de este suelo, a tan distinguidos viajeros.

Llegado el jueves 26 de agosto el buque que los conducía, encaminóse al desembarcadero de la Paz en elegantes carretelas una numerosa comitiva encargada de darles la bienvenida; y apeándose cuantos la componían en un vistoso pabellón levantado en pocas horas junto al monumento de Colón, pasó inmediatamente a bordo una comisión de representantes de la colonia italiana y de la prensa periódica.

Desde el momento en que esta comisión puso el pie en las lujosas cámaras del *Nord-América*, establecióse entre ella y los recién llegados una corriente de sincera simpatía que fué creciendo en intensidad hasta convertirse, durante los breves días que junto a nosotros han pasado los periodistas italianos, en fraternal cariño, tan franco y tan leal como dignos de él se han mostrado en palabras y acciones los ilustrados huéspedes que nos han honrado con su visita, y que en número de sesenta y dos, representaban otros tantos periódicos de casi todas las provincias de Italia.

Una vez desembarcados, a los entusiastas gritos de ¡Viva Italia! ¡Viva España! lanzados por los circunstantes y por los recién llegados, el Excmo. Sr. Alcalde de Barcelona les dió la bienvenida, en nombre de la ciudad que representa, en el susodicho pabellón, contestándole el diputado-periodista Sr. Felice Cavallotti, en un improvisado discurso que, a pesar de su brevedad, demostró desde luego las innegables cualidades, no sólo de discreto orador, sino de inspirado poeta de que el Sr. Cavallotti está dotado.

Terminada esta corta ceremonia, tanto los recién llegados como las comisiones que habían acudido a recibirlos tomaron asiento en las mismas carretelas, dando un largo paseo por los principales puntos de la ciudad hasta dejar a los primeros en la fonda de las Cuatro Naciones, en donde se han hospedado.

Por la noche la colonia italiana celebró en su obsequio un suntuoso banquete, en los salones del Fomento del Trabajo nacional, galantemente cedidos a este fin por su Junta directiva y adornados é iluminados con tanto gusto como profusión; en cuyo banquete se inició la serie de brindis continuada en los celebrados en los siguientes días y en los que todos los oradores, así italianos como españoles, han emitido bellísimos y oportunos conceptos, entusiastas frases de fraternidad entre Italia y España, expresiones de cordial y no estudiada galantería, y fervientes votos de paz y bienandanza para entrambas naciones, unidas por tantos y tan estrechos vínculos históricos, de afinidad y de raza.

Al siguiente día tuvo lugar la inauguración del pabellón destinado a la prensa en los terrenos de la futura Exposición universal, inauguración que la Junta directiva de la misma había tenido la galantería de aplazar para aquel día con objeto de que a ella asistiesen los representantes de la prensa de ambas naciones; y no contenta dicha Junta con esto, los invitó a participar de un delicado banquete, en el que reinó la misma cordialidad que en el del día anterior, pasando inmediatamente los convidados a visitar los edificios en construcción y luego a recorrer los jardines del inmediato Parque, los cuales, así como su soberbia y monumental cascada, fueron objeto de lisonjeras alabanzas por parte de nuestros amables huéspedes.

Al otro día, fué nuestro municipio el digno anfitrión de éstos. Sólo los muchos elementos con que Barcelona cuenta para improvisar en pocas horas cualquier festejo que no desmerezca de su proverbial espléndidez, unidos a la inteligencia y práctica de los encargados de realizarlo, pudieron convertir en brevísimo espacio de tiempo el espacioso Salón de Ciento de la Casa Consistorial en sorprendente jardín que no compararemos con los famosos de las *Mil y una noches* por lo vulgar del símil, pero que dejó admirados a cuantos tuvieron ocasión de contemplarlo, mereciendo generales plácemes la pericia, el buen gusto y el arte con que el hábil jardinero Sr. Oliva adornó dicho salón. En aquel anchuroso recinto los periodistas italianos así como varias comisiones del Ayuntamiento, del Fomento del Trabajo nacional, de la colonia italiana presidida por el Sr. Cónsul de Italia, de la Junta de la Exposición y de la prensa barcelonesa, participaron del escogido *lunch* con que nuestro municipio obsequió a los primeros, mientras, oculto entre el frondoso ramaje del *parterre* situado en el fondo del salón, un cuarteto ejecutaba con consumada maestría diferentes piezas musicales.

Es de advertir que antes de pasar los convidados al salón de Ciento, la banda de música del municipio acompañada de 200 coristas pertenecientes a cuatro sociedades corales que ostentaban sus ricos y vistosos pendones, dió en honor de los periodistas italianos una serenata, en

la que se ejecutaron entre otras piezas el bélico rigodón titulado *Los nets dels almugávvers* y el himno *Gloria a España*, ambos del malogrado Clavé.

Las marciales notas del popular rigodón, una de cuyas partes fué acompañada del obligado estampido de numerosos petardos; los majestuosos compases del himno; la bien entendida combinación de los acordes de los instrumentos y de las voces humanas; la iluminación eléctrica de la espaciosa plaza de la Constitución, en donde tenía lugar el concierto, unida a la de las luces de bengala que en un momento dado brillaron con profusión en todos los ámbitos de aquella; la compacta masa de personas que en número de 15 a 20,000 se apiñaban en torno de los ejecutantes, y por fin la animación que allí reinaba, todo esto causó tal impresión y tan grande entusiasmo en los periodistas italianos que agitando sus pañuelos prorrumpieron desde el balcón principal de las Casas Consistoriales en calurosos gritos de ¡Viva España! gritos que fueron contestados con los de ¡Viva Italia! lanzados por los millares de personas que ocupaban la plaza, y que a su vez agitaban sus pañuelos ó sombreros, produciendo todo este conjunto un efecto de tan impercedero recuerdo como imposible de comprender sino presenciándolo.

La jira campestre con que los periodistas españoles brindaron a sus colegas de Italia se celebró al día siguiente. A las diez de la mañana partieron los expedicionarios en diez y siete breaks tirados cada uno por tres caballos en dirección de las pintorescas alturas de Vallvidrera. Al pasar por delante del Circo ecuestre, se apearon todos para aceptar el galante refresco con que obsequiaban a sus compatriotas los obreros italianos que, en su modesta esfera, quisieron ofrecerles una muestra de cariñosa simpatía, tan digna de ser acogida en gracia de la buena voluntad que la inspiraba, y de los laboriosos y honrados individuos que la ofrecían, como si fuese el festín más opíparo. En el grabado de la última página ha representado el Sr. Pellicer el momento en que el diputado Cavallotti, presidente de la comisión de la prensa italiana, dirige a sus compatriotas su elocuente palabra, dándoles gracias por su delicado obsequio, y exhortándoles a que continúen siempre, como hasta aquí, representando dignamente a su patria en país extraño y a que estrechen más, si cabe, los vínculos que con los españoles los unen.

Emprendida de nuevo la marcha, empezóse el ascenso a la inmediata montaña hasta llegar a la plaza Mayor de Vallvidrera, arrojando el polvo del camino y los cálidos rayos de un sol canicular con ese buen humor y esa jovialidad propios de los hijos de los países meridionales, y más especialmente de cuantos al periodismo consagran sus tareas. Otro de nuestros grabados representa esta expedición. Ya en dicha plaza, se dejaron los carruajes para emprender animosamente a pie la subida hasta la cumbre del monte Tibidabo, desde la cual contemplaron nuestros huéspedes un bellísimo y dilatado panorama, cuya vista les dejó gratamente impresionados, con tanto mayor motivo, cuanto que a muchos de ellos les recordaba el que ofrece la risueña bahía de Nápoles.

Después de permanecer algún tiempo embebidos los expedicionarios en dicha contemplación, mientras algunos de ellos, entre otros los Sres. Pascarella y Vasallo, tomaban apuntes y sacaban croquis desde tan ameno observatorio, se procedió al regreso, bajándose en los mismos carruajes hasta el Manicomio de Nueva Belén, donde, merced a la bondadosa acogida de su director el ilustrado doctor Giné, los periodistas españoles tenían preparado el banquete ofrecido a sus colegas italianos y en cuya lista de platos ó *menú* figuraban con buen acierto algunos propios del país. Libres allí los comensales de la grave, aunque no ceremoniosa, etiqueta semi-oficial que en los anteriores banquetes había debido reinar, se manifestaron más expansivos, las ocurrencias fueron más chistosas, los brindis más numerosos y si se quiere más elocuentes, como inspirados por una cordialidad que se manifestaba sin rebozo, sincera, franca y comunicativa.

El sol empezaba ya a trasponer el horizonte, cuando los comensales se alejaron casi con pesar de un sitio donde tan breves horas de ameno solaz habían pasado, y regresaron a Barcelona recorriendo a su vuelta los principales puntos de la ciudad.

Aunque estas han sido, por decirlo así, las principales etapas de los periodistas italianos en nuestra capital, y a las cuales se refieren los grabados a que estas líneas sirven de descripción, han visitado también durante su corta estancia varios de nuestros principales establecimientos industriales acompañados por una comisión del Fomento del Trabajo nacional, los teatros de verano que en la actualidad hay abiertos y en todos los cuales se dieron funciones a ellos dedicadas y algunos edificios públicos ó de corporaciones, entre estos el elegante Casino mercantil.

Obligados a pasar a Madrid, aceptando la cortés invitación que les dirigió la Asociación de escritores y artistas de la corte, los periodistas italianos partieron el lunes 30, conducidos en lujosos carruajes a la estación del ferrocarril por las mismas comisiones que los habían recibido a su llegada. La despedida fué, más que amistosa, fraternal; los abrazos y apretones de manos dados con verdadera efusión, y las protestas de afecto tan sinceras como entusiastas por una y otra parte.

Nosotros aprovechamos esta ocasión para enviar un nuevo saludo a los representantes de la prensa italiana, de cuyo rápido paso por nuestra ciudad conservaremos grato recuerdo.

EL BRUJO DE ALCORNOCAL
 POR DON JUAN TOMÁS Y SALVANY
 (Continuación)

Estas voces, corriendo de boca en boca y de grupo en grupo, como la llama de un incendio, llegaron hasta el centro de la plaza, donde, atraído por la ocurrencia, se había reunido todo el pueblo.

De pronto abrióse una ventana de la casa amenazada y asomó por ella la cabeza del alcalde delante de la de D. Ramón y la del médico.

— Alcornocales, ¿qué queréis? — gritó el primero. — Soy yo quien os hablo, la suprema autoridad de Alcornocal pronta á haceros justicia.

— ¡Queremos vernos libres del demonio, queremos la cabeza del brujo D. Ramón!

— D. Ramón no es brujo, el demonio no está ya en Alcornocal, lo sabemos de buena tinta, el mismo D. Ramón nos lo ha probado.

— Nos engañáis, esa tinta es de un tintero del infierno. Todos estáis embrujados.

— Preguntádselo al señor cura.

En aquel instante habíase abierto la ventana central del edificio contiguo á la iglesia, mostrando la venerable cabeza del cura párroco, atraído él también por el tumulto. Era un hombre encanecido en el servicio de Dios, de escasas luces intelectuales, mas de corazón sensible y probada buena fe.

— Hijos míos, — predicó, — no permita Dios que el diablo venga á Alcornocal; y si viniera, yo lo expulsaría. Retiraos, pues, á vuestras casas y dormid tranquilos. Dios nuestro Señor y la Virgen Santísima, su bendita madre, nos librarán del espíritu maligno.

— El espíritu ha venido, — gritaron muchas voces, — está en el cuerpo de D. Ramón y queremos escarmentarle.

— A mí me mata las gallinas.

— A mí me escurre las ubres de la vaca.

— A mí me pone enfermo el chiquitín.

— A mí mujer la atormenta con golondrinos.

— A todos nos ha dado mal de ojo.

— ¡También el señor cura está embrujado! ¡Eso clama al cielo! — prorrumpieron los más furiosos.

— El brujo tiene la culpa... ¡Muera el brujo!

— Y el señor alcalde, que le protege.

— Y el médico, que en su casa los alberga.

— ¡Fuego, fuego á la casa del médico! ¡Perezcan todos abrasados como seres infernales que son!

Y aquellos infelices, poseídos del demonio de la ira, enarbolando sus armas rústicas, agitando en el aire las teas encendidas, con el intento de pegarle fuego, se arremolinaron contra la puerta de la calle que el alcalde tuviera poco antes la precaución de cerrar.

Ni las voces conciliadoras de este último, ni las exhortaciones evangélicas del padre cura eran escuchadas, ni siquiera oídas en medio del tumulto. La cuestión del brujo era ya una cuestión de orden público, para dominar la cual no contaba con fuerzas el alcalde, pues los dos guardias rurales y demás dependientes de su autoridad, sobre no saberse de ellos á qué lado se inclinarian, eran muy pocos en número para hacer frente á aquella legión de fornidos aldeanos, hijos de la ignorancia, presa de la superstición y embargados por el coraje. Casi todos los vecinos de Alcornocal se hallaban en la plaza, y los que no, asomados á las ventanas que caían á la misma, unían sus clamores á los de la multitud, dispuestos á secundarla. En el balcón abierto sobre la gran puerta del palacio, veíase á Rosario acompañada del gomoso, á quienes la alarma sacara de sus respectivas habitaciones, pálida y temblorosa ella, indignado él y balbuciendo injurias contra aquel puñado de patanes, brutos y palurdos.

Los momentos eran preciosos; el tiempo volaba y urgía en grado sumo tomar un partido eficaz que sosegara el alboroto. Ya D. Ramón, resuelto á todo, se resignaba á franquear al pueblo la entrada en el palacio para probar que en él no residía diablo alguno, ó con objeto de que los alborotadores buscasen libremente al espíritu maligno, tomando de él cruda venganza; ya el padre cura, alarmado y vacilante, sin perjuicio de averiguar más tarde cuanto pudiera haber de cierto en el asunto, se decidía á utilizar la comunicación entre su casa y la iglesia, saliendo repentinamente á la plaza por el pórtico de la segunda, llevando la Sagrada Forma, rodeado de todo el aparato litúrgico de que disponía, á ver si de tal suerte lograba contener la exaltación de los amotinados.

De súbito el albéitar, hombre de cierto ingenio, bien que de mediana cultura, profirió dirigiéndose á sus ya atribulados compañeros:

— Esperad, tengo una idea. Dejadme libre la ventana. Usted, D. Ramón, es preciso que me secunde.

— Estoy dispuesto á ello, — respondió el interesado.

Todos entraron en la habitación, excepto el albéitar que, asomándose, gritó con todos sus pulmones:

— Amigos míos, oidme, y luego haced lo que queráis.

Los amotinados se detuvieron un instante, apartando sus teas de la puerta amenazada.

— No os engañáis, — continuó el albéitar, — el diablo ha estado en Alcornocal, metido en el cuerpo de D. Ramón; hay más, cargó con él, quiso llevárselo al infierno y ambos saltaron por la ventana. Pero tú, Blas; tú, Cosme; vosotros todos, con vuestro valor y vuestra fe cristiana, matasteis al diablo á palos, siendo gratos á los ojos de Dios, prestando un gran servicio á D. Ramón, al pueblo entero, pues á todos nos librásteis del espíritu maligno.

El mismo D. Ramón acaba de confesármelo; hemos jugado al tresillo con él y damos fe de que ni su alma ni su cuerpo están endemoniados. ¿Lo dudáis? El en persona va á decíroslo; él, con su propia boca, va á daros las gracias por el inmenso favor que le habéis hecho.

— Queremos verlo; ¡que salga, que salga! — aulló la muchedumbre.

— Ahora le toca á V., — añadió el albéitar por lo bajo, tirando de la ropa al señor de Soto hacia el alféizar de la ventana. — ¡Aquí le tenéis! — concluyó en alta voz.

El interesado se asomó entonces, gritando:

— Sí, amigos míos, cuanto acaba de deciros el albéitar es la pura verdad. ¿Cómo hallar al espíritu maligno si está muerto? Muerto, sí, gracias á vuestra devoción y á vuestro esfuerzo, muerto él y libre yo; mi admiración y mi gratitud hacia vosotros serán eternas. Yo, D. Ramón del Soto, no el enemigo, soy quien os dirijo la palabra, libre de toda brujería. Mirad, oid y convenceos.

Y el señor de Soto, haciendo repetidas veces la señal de la cruz, comenzó á recitar una oración. No pudo concluir: las atropelladas voces de aquellos sencillos aldeanos le interrumpieron, exclamando:

— Basta, basta, creemos.

— No ha mentado, vedle, se santigua, reza y no le pasa nada.

— Está libre, libre como nosotros mismos.

— ¡Viva D. Ramón!

— ¡Viva el albéitar!

— A dormir, á dormir, la noche avanza.

— ¡Mueran como ese todos los diablos!

— Amén.

Hubo en la plaza una explosión de júbilo; todo Alcornocal respiró en aquel instante, como renaciendo á nueva vida. Ya los amotinados empezaban á disolverse, cuando Blas, dándose una palmada en la frente, dijo de pronto:

— Esperad, nos han engañado; el diablo no puede morir; y si nosotros le matamos, ¿dónde está su cadáver?

Al oír este argumento, aquellos rústicos se miraron como idiotas. Acto continuo suscitóse entre ellos una acalorada discusión acerca de si podía ó no morir el espíritu maligno.

— Vamos á preguntárselo al señor cura, — dijo uno.

Pero el señor cura, quien tal vez adivinó lo que ocurría, en la imposibilidad de resolver una cuestión tan ardua, había escurrido el bulto cerrando la ventana.

Entonces D. Ramón y sus compañeros, quienes felicitaban todos al albéitar por el feliz resultado de su ingeniosa estratagema, vieron de nuevo avanzar hacia ellos, más furioso que nunca, aquel nublado.

— ¿Qué queréis ahora? ¿No estáis convencidos? — se atrevió á preguntar el señor de Soto.

— Sí que lo estamos, pero queremos ver el cadáver del diablo.

— Está en el barranco, — terció oportunamente el albéitar.

— No hay tal, le hemos registrado esta noche, — contestaron.

— Esperad, esperad, — repuso el alcalde, — yo lo mandé recoger y quemarlo esta mañana.

— ¡Mentira, mentira, nos engañan!

— Acabemos de una vez.

— ¡A ellos!

— ¡Fuego!

— ¡Mueran!

El tumulto llevaba trazas de reproducirse con todas sus funestas consecuencias. El médico, hombre estudioso y experto, que había viajado casi tanto como D. Ramón, sintió repentinamente hervir en su cerebro una idea luminosa, que daba quince y falta á la del albéitar.

— Compañeros, — gritó, — no os enfadéis: mis amigos acaban de deciros la verdad, sino que no la saben toda: los dependientes del señor alcalde, encargados de quemar el diabólico cadáver, llenos de miedo, no atreviéndose con él, me lo han traído para que lo quemara yo. Felizmente no lo he quemado aún y puedo entregároslo.

— ¡Venga, venga!

— Esperad.

D. Ramón y sus amigos se miraron atónitos. El médico, que había desaparecido, volvió á salir con un gran bulto al hombro.

— ¿Pedís el cadáver del diablo?

— ¡Sí, sí!

— Pues aquí lo tenéis.

Y arrojó por la ventana la disección de un enorme orangután, fruto de uno de sus viajes.

Inútil fuera describir el jubiloso tumulto que reinó en la plaza. El médico y sus compañeros vieron colmados hasta la saciedad de hurras y de vítores; el orangután fué apaleado, pinchado, rajado, agarrotado, arrastrado por todo Alcornocal, entre un huracán de voces y silbidos, al resplandor rojizo de las teas, hasta despeñar en el fondo del barranco, hecho una masa informe y espantable, que si no era la forma del espíritu maligno, podía muy bien pasar por ella.

Al tiempo de despedir á sus tertulios, el médico, exhalando un gran suspiro, dijo al señor de Soto:

— Los secretos de V. me cuestan la perla de mi colección zoológica.

— Muchas gracias, amigo, yo le resarciré cumplidamente, — respondió D. Ramón, estrechándole la mano.

VII

Aquella misma noche, antes de recogerse, los habitantes del palacio hicieron objeto de agudos dichos y sazonadas burlas el mismo suceso que poco antes los pusiera

en grave aprieto. El gomoso puso de zafios, brutos y patanes á aquellos sencillos aldeanos, que no había por donde cogerlos, añadiendo que si una vez le habían encontrado en Alcornocal, otra vez quería mejor verse entre horteras que abandonar por tales rusticidades lo más *chic* y lo más *pschut* de su *crème* y de su *high life*. Estas palabras las pronunció fijando una mirada de reconvencción sobre Rosario, la cual se puso colorada hasta lo blanco de los ojos.

Apenas el petimetre se hubo retirado á su aposento, la dama no pudo menos de preguntar á D. Ramón:

— Ya que en él no nos permites la entrada, ¿puede saberse al menos qué te haces en el desván para lograr fama de brujo y mover en Alcornocal tales alarmas?

— Esposa mía, nada me preguntes, si has de evitarme el dolor de desairarte. En breve lo sabrás; hoy por hoy, cierto pacto me impone el silencio más absoluto.

— ¡Un pacto, dices! ¿Y con quién?

— Conmigo mismo.

Rosario miró primero á su marido con extrañeza, preguntándose si, con efecto, aquel hombre tendría metido el diablo en el cuerpo, y luego acabó por encogerse de hombros, achacando al carácter extravagante de D. Ramón tales palabras. Este último, en tanto, se había quedado pensativo, como dándole vueltas á una idea sugerida por la pregunta de su mujer.

— Rosario, — dijo de pronto, — á mi vez tengo curiosidad de saber algo acerca de lo cual acaso tú pudieras informarme.

— Te escucho, — respondió ella, no sin sobresalto.

— Que el diablo cargue de veras conmigo, si entendí la causa principal del alboroto de esta noche. Que gozaba opinión de brujo entre esas buenas gentes lo sabía, y no extrañándolo, los compadecía cordialmente. No obstante, ellos hablaron de haber yo saltado anoche por la ventana del desván en hombros del espíritu maligno, al cual esos palurdos dieron muerte á palos. ¿Entiendes tú este batiborrillo?

— ¡Yo! ni jota.

— Lo mismo me pasa á mí. Sin embargo... Voy á contarte lo que en el desván me ocurrió anoche, á ver si entre los dos desenredamos la madeja. Estaba yo clasificando las hierbas recogidas ayer tarde y soldando con el soplete una moneda antigua, cuando acerté á mirar al campo. Acababa de salir la luna, á cuya luz ví á uno de esos zotes en el alto del almezo que crece frente á la ventana, el cual parecía devorarme con los ojos. Maravillado de la aparición en semejante sitio y á tal hora, á mi vez me le quedé mirando. ¿Qué hace entonces el palurdo? Saca un guijarro, no sé de dónde, y me lo arroja con tal furia, que por poco me descalabra. Y yo ¿qué hago? Mato la luz de un soplo; bajo corriendo á tu... á nuestra habitación, la encuentro cerrada por dentro, llamo con golpes redoblados hasta que tú respondes y me abres.

(Continuará)

LAS MEDALLAS DE LA CREACIÓN

Expresivo y por todo extremo apropiado título, que un famoso geólogo del reino unido, el docto y religioso señor Bukland, dió por primera vez con harto sentido práctico en una obra por muchos conceptos estimable, á los que en términos hoy ya casi vulgares, se llaman fósiles, palabra que según su propia etimología, del verbo latino *fo-dere*, cavar, supino *fossum*, se aplicaba antes del inmortal Linneo á toda sustancia que se extraía del seno de la tierra, cualesquiera que fuese su naturaleza; pero desde que el insigne naturalista sueco hizo la distinción muy oportuna entre *fossilia nativa* y *fossilia petrificata*, generalmente se aplica tan sólo á los seres que corresponden á la última categoría, reservando el nombre de minerales y rocas á los que aquel llamaba *fossilia nativa*. Conviene, sin embargo, tener presente que no siempre es exacto el llamar petrificados á los fósiles verdaderos según la acepción corriente, pues muchos en realidad no experimentaron en su larga y misteriosa génesis la susodicha transformación pétreo; así como á juzgar tan sólo por su aspecto exterior, se dan casos en que á pesar de su aparente petrificación, no debe llamarse fósiles á los que ofrecen semejante aspecto, como se observa en las llamadas incrustaciones, las cuales sólo representan una cubierta ó revestimiento de caliza, sílice ó de otra cualquier sustancia lapídea, que en nada ó en muy poco afecta al cuerpo que la ofrece.

En rigor de verdad, la idea que debe ir unida á la palabra fósil, ó lo que real y positivamente significa, es todo ser ó parte de él y aun la huella impresa en el suelo, que habiendo permanecido enterrado naturalmente en el seno de las capas terrestres, conservóse por modo maravilloso, para representar los imperecederos monumentos de la terrestre historia, ó como quería Bukland, para convertirse en las verdaderas medallas de la creación, refiriéndose, como es fácil advertir, á la del planeta que habitamos, ya que las medallas de la universal creación hay que ir á buscarlas en los espacios celestes.

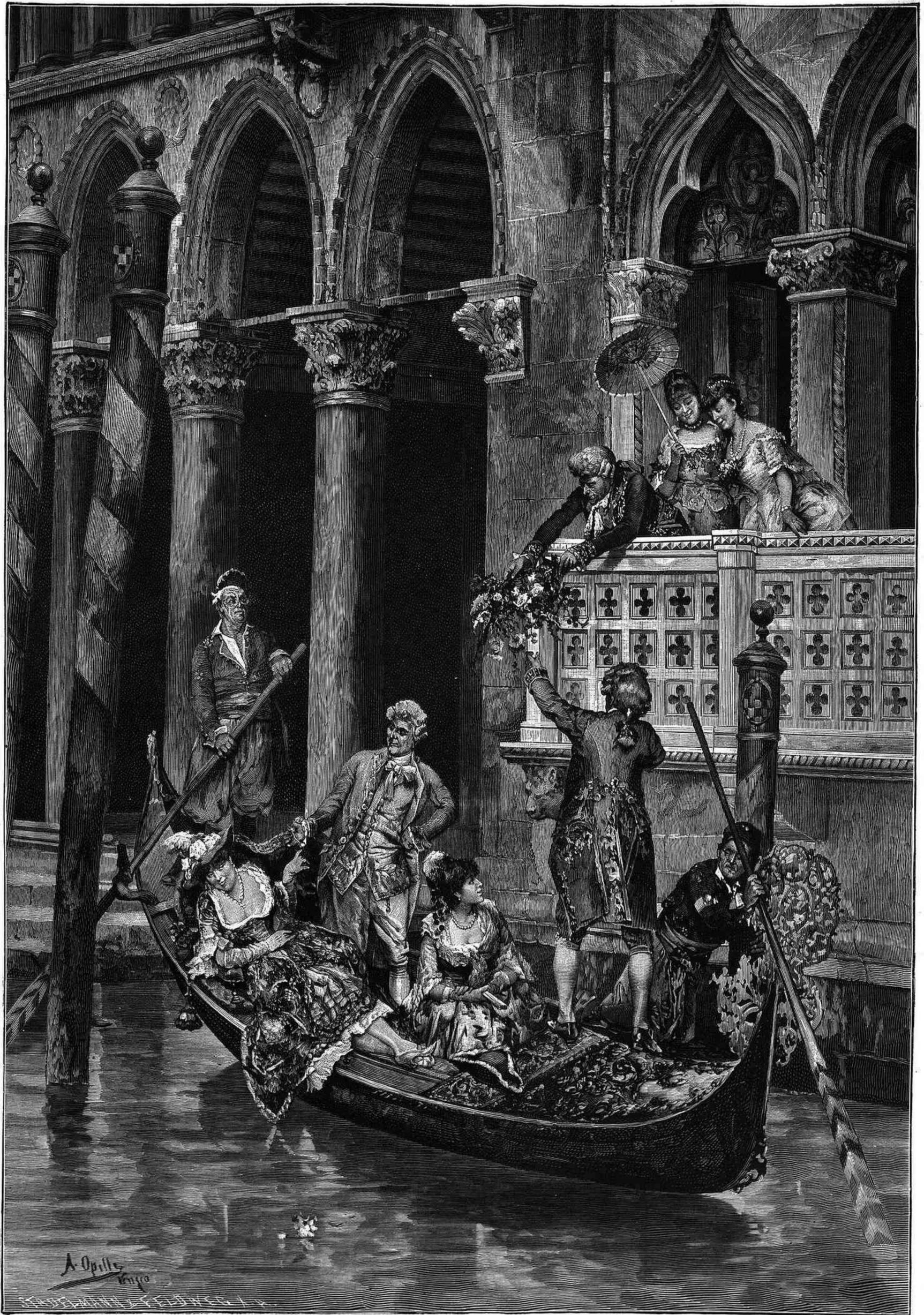
Mas no se crea por ello que este concepto científico y hasta vulgar que se tiene hoy de la tal palabra, ya que figura y con sobrada razón en el Diccionario de la lengua, haya sido siempre el mismo, pues dejando aparte la distinción que el gran Linneo se creyó en la necesidad de establecer para no confundir una simple piedra ó un metal con un fósil, en tiempos anteriores se profesaron acerca de la materia las ideas más extravagantes y hasta inver-



ESTUDIANTES DE GEOLOGÍA, dibujo de Percy Tarrant



EL BANQUETE DE HERODES, CUADRO DE PEDRO PABLO RUBENS



LA FIESTA DE LAS FLORES EN VENEZIA, cuadro de A. Opelli

similes, aplicándoles, á tenor de las que á la sazón reinaban, los nombres más exóticos é impropios.

Simple caprichos ó juegos de la naturaleza, *ludus nature*, los llamaban unos; resultado, querían otros, de una fuerza plástica y oculta de que suponían dotada á la madre tierra; obra, en sentir de muchos, de las estrellas, y por último, para no abusar de la paciencia del benévolo lector, meras ilusiones de los sentidos, como estampó en un libro cierto escritor italiano; tales son las extravagancias que llegaron á profesarse en los siglos anteriores al xvi, en el que dos insignes varones, combatiendo todos estos errores, echaron, por decirlo así, las bases firmísimas sobre que andando el tiempo había de levantarse el templo dedicado á la verdadera ciencia de la vida de otros tiempos, ó sea de la Paleontología. Estos genios extraordinarios fueron Leonardo de Vinci, pintor admirable á la par que experto ingeniero, y el danés Nicolás Stenon, genuino fundador de la historia verdadera de la tierra: aquel retaba á sus contemporáneos con singular donaire á que le señalaran las estrellas encargadas por entonces de fabricar fósiles, y como quiera por otra parte que en las muchas obras de canalización que dirigió en territorio toscano, especialmente en los bellísimos alrededores de Florencia, encontrara gran cantidad de conchas y otros verdaderos fósiles, hizo ver por método comparativo, el más eficaz de todos, la analogía y hasta en muchos casos la perfecta identidad con las especies que viven aún hoy en el Mediterráneo, de cuya circunstancia no era difícil inferir que el hecho evidenciado por las excavaciones significaba que el mar había ocupado en otros tiempos aquella parte del territorio italiano, siendo las conchas marinas y demás restos fósiles que allí existen, el testimonio más evidente é indisputable de los cambios en lo físico allí experimentados. Esto es lo lógico y natural, no acertando á comprender cómo Leonardo y después el insigne Stenon tuvieron que luchar contra errores tan crasos como los que en su época y aun en tiempos posteriores fueron bastante generales, por efecto de la escasa cultura de la época, cuando no sólo Ovidio en sus *Metamorfosis* dió claras muestras de conocer las que la tierra había sufrido, según se desprende de aquellos conocidos versos

Vidi factas ex æquore terras
Et procul a pelago conchæ iacuerunt marinæ
Et vetus inventus est in montibus anchoræ summis

sino que muchos escritores de la antigüedad clásica griega y egipcia, entre los cuales debe citarse á Eratóstenes, Xanto de Lidia, Herodoto, Aristóteles y muchos sacerdotes de los que sintetizaban en el Egipto el saber de su tiempo, habían ya expresado esta misma idea, considerando á las conchas, peces y otros seres que se encuentran en las piedras de construcción, por ejemplo, como otros tantos y auténticos documentos que acreditaban las transformaciones que con el tiempo había experimentado la superficie y aun el fondo de la tierra. Estos cambios verifican, sin embargo, con tan extremada lentitud, que pasan totalmente desapercibidos por el hombre, á no fijar su atención en los efectos producidos; pero como prueba evidente de que los sabios de la antigüedad no sólo los conocían, sino que adivinaron hasta la naturaleza especial de su procedimiento, debe citarse la ingeniosa fábula ó cuento que inventaron como para sintetizarla en estilo elegante y atractivo. Supónese una especie de judío errante que en su continua é incansable peregrinación por la tierra, acierta á pasar por el mismo punto cada cinco mil años, observando y anotando, siquiera sin acertar á explicarse satisfactoriamente los cambios allí ocurridos, pues los habitantes de la villa, del campo y del puerto que alternativamente ocupan la localidad, unánimemente le contestaban que nada sabían acerca de lo que se les preguntaba, ya que para ellos aquel sitio siempre ha sido lo que en el momento de pasar el curioso viajero es, ó en otros términos, el puerto siempre puerto, el campo siempre campo y la población siempre lo mismo.

Verdaderamente causa maravilla el que en el período de la historia de la ciencia llamado antiguo por la edad á que corresponde, y de observación por su especial carácter, historiadores, geógrafos, poetas y viajeros adelantándose á su tiempo en algunos siglos profesaran ideas tan exactas acerca de la naturaleza de las medallas de la creación del planeta y de su peregrina historia, y que durante los tiempos medios que yo suelo llamar de controversia, la humanidad en este punto concreto en vez de progresar marchando con paso firme hacia el descubrimiento de la verdad, retrocediera hasta un punto tal, que no sólo dejó de reconocerse la verdadera y genuina naturaleza orgánica de aquellos seres, sino que desconociendo por completo su legítima significación, se creía por entonces, y aun hoy lo creen no pocas personas, que los fósiles lejos de pertenecer y caracterizar los diferentes períodos de la historia de nuestro globo, como así es con efecto, según quiso probar Bukland aplicándoles el nombre colectivo que llevan, eran todos ellos resultado de la acción del diluvio.

Mas así como en Italia fueron los insignes Vinci y Stenon los encargados de combatir en el siglo xvi y xvii los falsos conceptos sobrado generalizados á la sazón respecto de la verdadera naturaleza de las plantas y animales fósiles; en nuestra querida patria también hubo defensores de la buena doctrina así por lo que respecta á dicho concepto, como á la diferente edad á que deben referirse. Y ¡cosa al parecer extraña! el campeón de estas ideas fué un fraile benedictino, el inmortal Feijoo, quien en la noble y generosa tarea por su superior talento y amor patrio impuesta, de combatir los infinitos errores y preo-

cupaciones que en su tiempo reinaban en España, no dejó pasar desapercibidos los falsos conceptos que en la obra de otro fraile, el Padre Torrubia, titulada «Aparato para la Historia Natural,» estampó su autor. Distinguían á éste más bien laudable celo y entusiasmo por la ciencia y sus progresos que vasta y sólida instrucción; de donde resulta que si bien llevado de aquellos generosos estímulos viajó mucho y consignó en su libro no pocas observaciones y descubrimientos por él realizados, ilustrándolo todo con muy bonitas láminas de objetos y especialmente fósiles encontrados en distintas comarcas de España y América, cuando trata de discurrir acerca del significado y valor que entrañan los hallazgos hechos, incurre en no escasos é imperdonables errores, dura y categóricamente combatidos por el benedictino gallego en el «Teatro crítico» y en las «Cartas eruditas.»

La escasa cultura, ó tal vez la sobrada credulidad hija sin duda de aquella, motivó el capítulo 5.º del Aparato de Torrubia que este llama Gigantología española, por suponer que los huesos fósiles de mamíferos que en gran copia se encuentran en el barranco de las Calaveras en territorio de Conduc cerca de Teruel, acreditaban haberse librado allí una gran batalla entre hombres de colosal talla; y el caso es que en dicha localidad explorada por mí un siglo más tarde en 1860 y 61, no se encuentra ni un solo hueso humano, perteneciendo todos, según demuestran las dos láminas primeras de la Memoria que publiqué sobre dicha provincia, á diferentes especies de cuadrúpedos característicos del período llamado terciario por los geólogos.

A propósito de la existencia de gigantes, he aquí cómo se expresa Feijoo en el título 1.º, discurso 12, que titula «de la senectud del mundo:» El exceso, dice, de los antiguos en la corpulencia es otro capítulo por donde pretenden algunos convencer la decadencia del género humano en los modernos. Pero ese exceso no está bastantemente comprobado, por más que nos citen varias historias de cadáveres de prodigiosa estatura... Los sabios casi todos convienen en que unos son de elefantes, otros de ballenas ó de materias petrificadas.

Mas en donde se evidencia con cuánta claridad se presentaban estos asuntos al claro talento del insigne benedictino, es en lo referente á la verdadera naturaleza orgánica de los fósiles y modo cómo se estamparon en la piedra las plantas y los animales de otros tiempos, cuyo procedimiento explica de un modo sencillísimo y natural, y también en lo de combatir el error de que fueran obra exclusiva de las aguas del Diluvio, no alcanzando, decía, á comprender cómo la fuerza de dicho agente fuera capaz de arrancar y transportar á grandes distancias nada menos que bancos enteros de ostras y de otras conchas que en condiciones normales viven adheridas al fondo del mar ó sobre los materiales de la costa.

Pero dejando ya estas disquisiciones históricas, cuyo único y exclusivo objeto ha sido demostrar cuántos esfuerzos ha tenido que hacer el hombre del siglo xix, sobre todo, para sobreponerse á tantas causas de error que á modo de verdaderos obstáculos entorpecieron especialmente durante los siglos medios la marcha tranquila del progreso científico verdadero, veamos qué significado tienen en la historia del planeta que nos sirve de morada los fósiles, y si realmente de este estudio podemos sacar la consecuencia de la exactitud que entraña la frase medallas de la creación que encabeza este artículo.

Por de pronto es ya casi axiomático entre los dedicados á este linaje de disquisiciones, que no hay problema alguno de Biología general ó sea de los que se refieren á la vida que en diferentes épocas hermoseó la superficie terrestre, que pueda dilucidarse nada más que medianamente sin la intervención de esos restos de animales y plantas, grandiosos y extraordinarios á las veces, pobres y miserables al parecer otras, que encierran los estratos terrestres que como resultado de operaciones más ó menos complejas se depositaron en el seno de las aguas dulces ó saladas.

Con efecto, en el terreno puramente científico, sería de todo punto imposible en primer término pretender averiguar sin el auxilio de los fósiles, el cómo y en cierto modo el cuándo, apareció la vida en el globo allá en remotísimas edades, cuya distancia de nosotros es harto difícil, por no decir de todo punto imposible precisar; y menos aún, comprender de qué manera brusca ó lenta, hubo de realizarse el ulterior y maravilloso desarrollo de los diferentes grupos de seres que constituyen la serie vegetal y animal, y el carácter permanente ó transitorio de los diferentes términos de las mencionadas series. Verdad inconcusa, aceptada por todos los naturalistas, es ya hoy, el que en el concepto del plan que ha presidido á la organización tan admirable como misteriosa é incomprensible de los representantes de la vida en el globo, no hay un reino antiguo diferente del actual ó moderno, sino que resultado ambos de un mismo ideal, diríase preexistente en la mente del Supremo Hacedor, antes de su material realización, los seres actuales pueden considerarse como la continuación de los anteriores, formando unos y otros como dos mitades de un todo armónico, á la manera de un árbol cuyas raíces y parte del tronco corresponden á los seres de otros tiempos y lo restante á los actuales. Ahora bien, este conocimiento lo debemos sin género alguno de duda al hallazgo y detenido estudio de los fósiles, los cuales según la feliz expresión de un eminente naturalista, el Sr. Flourens, representan las piezas perdidas de un mosaico, cuya reconstrucción ha venido á probar del modo más sorprendente, la encantadora armonía de las obras del Creador, ya que

aquellas completando la parte conocida del incompleto mosaico, han demostrado que pertenecían al mismo, ilustrando por modo curiosísimo y hasta en sus menores detalles, el dibujo de todas las figuras que de una manera asaz deficiente lo representaban antes.

La consecuencia ineludible del principio que acabamos de sentar tiene bastante mayor alcance de lo que á primera vista pudiera creerse, pues de que en la parte estática, ó en la referente á los elementos materiales de su constitución no haya distinción alguna entre los seres actuales y los de otras edades, dedúcese lógicamente que tampoco la hubo en lo dinámico ó fisiológico, es decir, en los principios que rigen la vida, de donde lógica y naturalmente se deduce que en todos tiempos ha sido un gran axioma el expresado por la ley de la adaptación, pues los seres á no encontrar en el medio ambiente las condiciones biológicas requeridas por el estado particular del organismo para su existencia, hubieran forzosamente perecido. Precisamente en este orden de consideraciones fundábase Cuvier haciendo aplicación de estos conocimientos á la historia terrestre, para sentar el principio de que sin la intervención de los fósiles hubiera sido harto difícil y hasta quizás imposible de todo punto llegar á conocer las infinitas fases y modificaciones por que ha pasado nuestro planeta por lo menos desde que la vida apareció en su seno. Con efecto, sólo las plantas y los animales sujetos á la enunciada ley pueden dar una idea exacta en sus continuos cambios y en el orden con que se han ido sucediendo, de las vicisitudes que experimentaron las condiciones biológicas terrestres, de cuya armonía con los seres que habían de desarrollarse bajo su dominio é influencia, depende su vida. Y como quiera que entre dichas condiciones biológicas figuraba en lugar preferente y continúa siendo el clima uno de los principales y más decisivos factores, de aquí el que indirectamente puedan semejantes datos contribuir á la reconstrucción de una Meteorología retrospectiva sumamente curiosa y tanto más interesante cuanto que esta fué una de esas conquistas inesperadas conseguida precisamente por el estudio del reino vegetal y animal de otros tiempos. Complétase este conocimiento con el de la naturaleza y especial estructura del suelo y más especialmente del fondo del mar y de los lagos, á tenor de cuyas modificaciones de carácter topográfico, hubo de cambiar y cambió, con efecto, repetidas veces la naturaleza y aspecto de la vegetación y del reino animal en la por demás peregrina historia terrestre.

De todos cuyos antecedentes, así como del orden con que sin repetirse en dos períodos sucesivos han ido sucediéndose las Faunas y las Floras ó en otros términos el conjunto de representantes de uno y otro reino, y de mil otras circunstancias que el estudio paleontológico pone fuera de toda duda, sacamos la consecuencia final de que con efecto, lejos de ir desencaminado, estuvo por todo extremo feliz el insigne Bukland al aplicar á los fósiles el nombre de medallas de la creación, ya que sabiendo interpretar por medio del estudio de ellos mismos y de sus condiciones de yacimiento el valor que entrañan, han contribuido más que otro dato cualquiera, á esclarecer y evidenciar todos los encantos de la historia de nuestro planeta. Y adviértase de paso y para concluir, que á todas cuantas ventajas acaban de indicarse, tiene esta clase de documentos la incomparable sobre los que sirven para la historia terrestre, de ser infinitamente menos ocasionados y susceptibles de falsificarse, en razón á que por lo común alcanzan por su misma abundancia y por la dificultad suma de reproducirlos precios tan bajos, que apenas si en determinados casos pudiera el especulador prometerse en esta no iniciada industria algún resultado práctico que le moviera á emplear tiempo é ingenio en la fabricación fraudulenta de fósiles. Son estos, pues, los verdaderos monumentos de la historia no sólo del planeta, sino también del más egregio de sus moradores, sirviendo el hallazgo reciente de restos humanos fósiles y de los más auténticos testimonios de su tosca é incipiente industria, para la reconstrucción de las diferentes razas, así como para trazar la marcha que estas siguieron en las grandes emigraciones, á favor de las cuales, partiendo de la unidad de especie y de cuna, se espaciaron y ocuparon la extensión de la superficie del planeta.

Ahora lo que realmente causa maravilla, es la sagacidad con que el hombre ha sabido interpretar todos estos hechos sacando las consecuencias más trascendentales de la mera inspección ó hallazgo de un resto á veces informe de planta ó animal, reducido á menudo á una simple huella dejada en el terreno blando por donde caminara el ave, reptil ó mamífero. Hoy se sabe casi con entera certidumbre, cómo se formó por ejemplo el carbon mineral, y de qué naturaleza fueron las plantas que le dieron existencia, á favor de conocidas metamorfosis; basta para ello fijar por un momento la atención en las numerosas y bellísimas impresiones de hojas, frondes, frutos, etc., que suelen encontrarse en las rocas que acompañan al combustible, ó en los troncos que con frecuencia se ven en la posición misma que tenían en vida. Merced á recientes investigaciones paleontológicas, se ha puesto en claro el risueño aspecto que en los tiempos llamados terciarios por los geólogos ofrecían aquellas regiones polares ocupadas por la Groenlandia, Spitzberg, etc., hoy cubiertas de eternas nieves y de seculares hielos, y á la sazón hermoseado el suelo por una Flora rica y exuberante, cuyos interesantes despojos fielmente interpretados por los hombres de ciencia, han contribuido de un modo decisivo á ilustrar este período de la historia terrestre,

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA



EXPEDICIÓN Á VALLVIDRERA, dibujo de J. L. Pellicer

uno de los más curiosos por cuanto sirve como de introducción al en que sin género alguno de duda hizo nuestra especie su primera aparición en el globo.
Sin necesidad de entrar en mayores detalles, creo bastan los expuestos y las reflexiones que los acompañan, para que el lector se persuada de la exactitud con que el geólogo inglés llamó á los fósiles verdaderas medallas de la creación.

J. VILANOVA.

EL DOGAL DE PIEDRA

Es una tradición terrible la del castillo de Belver; no el Belver de las islas Baleares, sino esa antiquísima fortaleza cuyas ruinas se admiraban no hace muchos años todavía en la campiña de Zamora.

En la comarca de esta ciudad, así como en la de Toro, en las largas noches del invierno, cuando los labriegos de las aldeas y de los campos se reúnen en torno de la lumbre del hogar, recuerdan siempre la historia de los castellanos de Belver al par de la de *Los doce Pares de Francia*, escrita por el arzobispo Turpín.

Oíd la tradición y admiraréis uno de los más extraños castigos de la Providencia.

Don Alonso de Stúñiga y Dávaloz, el buen caballero, descansaba de las fatigas de la guerra en su castillo de Belver. Había tomado parte en el sitio de Gibraltar; había visto morir al Rey D. Alfonso XI, y lejos de la corte, esperaba á que el nuevo Rey necesitase de su brazo y de su mesnada.

Vivía dichoso; su esposa y prima doña Brianda Stúñiga y Conil era un modelo de hermosura y de virtudes, y sólo atenuaba su felicidad la falta de sucesión, aunque confiaba en tenerla.

El castellano de Belver era un gran cazador, y casi todos los días, acompañado algunas veces de su mujer, y siempre por su fiel Vivaldo, hijo de un antiguo servidor, gallardo é inteligente mancebo, intendente de sus haciendas, soltaba D. Alonso su jauría ó sus halcones en los campos de Zamora ó en los breñales de Toro.

II

Una mañana, antes de romper el alba, mientras el castellano se apercebía en su aposento para la caza de montería, D.^a Brianda y el joven intendente hablaban en la sala de armas del castillo, medio ocultos en la penumbra de una ventana.

—Hoy es el día,—dijo Vivaldo.—Todo está preparado.

—Ya era tiempo... ¿Dónde?

—En la entrada del bosque.

—¿Has cubierto bien la sima?
—Perfectamente. Además, la he llenado de guijarros y de pedernales.

—¿Crees infalible el golpe?
—Infalible.

—¿No sospecharán?
—No lo supongo. La cosa tiene el aspecto de una trampa para animales dañinos. Por otra parte, ¿quién puede imaginar nuestro interés? Hemos sido tan cautos, que no debemos abrigar recelo alguno.

—Es verdad.
—Y después de todo, son imposibles la vacilación y la demora.

—Imposibles, tú lo has dicho. Dentro de pocos días, no tendría medio de ocultar mi falta; á mi marido le extraña ya que no le acompañe en sus cacerías.

—Pues bien; hoy cesará nuestra inquietud.
—¡Esa maldita guerra de Gibraltar, esa ausencia de un año, nos precipita!

—No hablemos del pasado; aprovechemos el presente; pensemos en el porvenir.

—Vivaldo...
—Adiós, oigo su voz... prepárate para cuando volvamos al castillo.

III

¡Qué día aquél tan aciago para el señorío de Belver! El castellano, corriendo un ciervo, había caído en una sima llena de malezas y pedernales. Apenas pudo llegar con vida cuando le trasladaron á su castillo, deshecha la cabeza y herido todo su cuerpo.

Murió el buen caballero, el leal vasallo, el tierno esposo, el noble y caritativo señor. Su muerte fué sentida y llorada en ambos reinos. Hasta el joven monarca D. Pedro, al saber la infausta nueva, exhaló un suspiro diciendo: *¡De mala guisa comienza mi reinado!*

Y la castellana, y la infeliz viuda!... ¿Cómo sería posible expresar su dolor?

Encerrada en su castillo, sólo salía de su aposento para asomarse algunas veces á la plataforma.

Veíasela allí, envuelta en sus tocas de luto, suelto el cabello y marcado el rostro con una extraña expresión.

Algunos días después de la muerte del castellano, fueron llegando al castillo artifices y menestrales, y se supo que D.^a Brianda había mandado labrar un sepulcro en la capilla de la fortaleza, para que sirviese de enterramiento á su marido. Vivaldo, el fiel intendente, cuidaba de activar la obra; corría á las canteras, é iba y venía incesantemente á Toro, á Zamora y á Valladolid, en busca de operarios y de materiales.

Todas las tardes, á la hora del crepúsculo, veíase pasear por los alrededores del castillo á un anciano de luenga

barba y vestido á usanza extranjera, que era el famoso escultor y cincelador que tallaba y dirigía los trabajos.

IV

Trascurrieron cerca de tres años.
La castellana había dado á luz una hermosa niña; pero continuaba casi siempre encerrada en su solitaria mansión. Decíase que no vivía ni sosegaba hasta ver terminado el sepulcro de su inolvidable esposo. Dos veces al mes trasladábase á Zamora, acompañada de su intendente, y allí, arrodillados ambos en la cripta de la iglesia de San Juan, donde se hallaban depositados interinamente los restos mortales del señor de Belver, oraban por el buen caballero.
Por fin acabóse la obra del sarcófago.

La castellana, rindiendo el último homenaje de su dolor, quiso que las cenizas mortuorias del noble finado fuesen trasladadas á la capilla del castillo con inusitada pompa.

El día de la fúnebre ceremonia, desde la explanada hasta el santuario de la fortaleza, los muros estaban cubiertos de paños funerales; la servidumbre, enlutada, esperando el lúgubre cortejo, y hasta la jauría y los halcones que habían pertenecido al malogrado señor, llevaban enlutadas mantillas y capirotos.

V

El entierro, presidido por el arcipreste de Toro y por el alcaide de Zamora, y en el que venía toda la nobleza de los contornos, salió de esta última ciudad al romper el día, y llegó al castillo al ponerse el sol.

Detrás del ataúd, conducido en hombros por los escuderos y mesnaderos del castellano de Belver, venían sus cuatro caballos de batalla encapazonados de negro; todo aquello era imponente y magnífico.

La capilla del castillo era como una catedral en pequeño; tenía aislados el retablo mayor y el crucero; es de lamentar que la acción de los siglos y la incuria, hayan destruido una de las joyas más preciadas del arte gótico-bizantino.

El templo estaba lleno de gente; la clerecía ocupaba el centro, rodeando el recién construído sepulcro, y el artífice constructor, recostado en un pilar, esperaba el momento de sellarle.

La tumba destinada al señor de Belver era un prodigio del arte. Estaba á la derecha del retablo, y se abría y cerraba por uno de sus lados. Sobre la losa superior veíase la estatua yacente de aquél, revestida de su arnés y cruzadas las manos sobre la empuñadura de su mandoble.

El escultor, con rara habilidad, había reproducido en la piedra, copiando uno de los retratos del castillo, las nobles y enérgicas facciones del castellano; y las piadosas mujeres allí reunidas, lloraban al contemplarlas.

El sarcófago estaba maravillosamente cincelado; á ser posible, diríase que allí habían golpeado las manos de Cellini, de Guirlandajo, ó de Borgoña.

VI

Cuando el fúnebre cortejo entró en la capilla, comenzaba el crepúsculo nocturno. La luz de los blandones se confundía con la que provenía del exterior, temblando caprichosamente en los pintados vidrios de los ajimeces y de los rosetones.

Colocóse el ataúd en el suelo sobre un paño de brocado.

Los sacerdotes entonaron el oficio de difuntos; en todo el ámbito del templo se oían sollozos comprimidos.

Vivaldo, el fiel intendente, oculto en la sombra de un arco y cubierto el rostro de mortal palidez, se apoyaba en el fuste de una columna, como abrumado por el peso de su dolor.

Cesaron los cantos.

Cuatro caballeros ricos-homes, deudos del finado, alzando el ataúd, le colocaron dentro del sepulcro; pero antes de haber acabado de cerrarle, se oyó un gemido y alzóse en la capilla un ligero rumor.

Doña Brianda Stúñiga, la viuda del castellano de Belver, se presentó de súbito en una de las puertas del retablo mayor, y lívido el semblante, fija la mirada, andando con una lentitud espectral, se dirigió hacia la tumba.

VII

Vivaldo, el leal servidor, quiso detenerla; pero ella, rechazándole suavemente, se aproximó al sarcófago y se arrodilló, de suerte que su rostro casi tocaba con el de la estatua yacente de su marido.

Todos los presentes estaban sobrecogidos.

La castellana de Belver contempló durante un momento la imagen de su esposo, y luego, con indefinible acento, exclamó entre sollozos:

«Mi noble esposo y señor, amado compañero de mi vida; tú que eras mi única felicidad en la tierra; si tu espíritu ha acudido á este lugar, si puedes oírme, atiende á mi voz, y perdóname la sola falta que he cometido...»

«Yo creía amarte como no ha amado jamás esposa alguna; pero ahora comprendo que este amor no era digno de tí, puesto que he podido sobrevivirte. Quizá el Señor, en sus altos juicios, me da la existencia por purgatorio; tal vez es necesaria en el mundo, no solamente una alma que viva con tu recuerdo, sino que también una voz que repita al vástago de tu amor: «¡Hija mía! ama siempre la memoria de tu padre y ruega incansablemente por él; si es que el más bueno, el más perfecto de los hombres necesita de oraciones.»

Hubo una larga pausa.

Doña Brianda alzó algún tanto la cabeza y volvió á contemplar el rostro de piedra.

Después, como vencida de nuevo por el dolor, tomó su primitiva actitud, diciendo:

— Noble esposo y señor, ¡descansa en paz!

VIII

Los circunstantes estaban inmóviles y silenciosos, penetrados de aquella inmensa pena; á todos los ojos asomaban las lágrimas.

Entonces sucedió una cosa espantosa é inaudita.

Las manos de la estatua yacente se desprendieron de la empuñadura del mandoble en que se cruzaban, y con un movimiento rápido, ciñeron el cuello de la castellana; se oyó un grito de dolor exhalado por ésta, después un ruido semejante al que pudieran producir huesos triturados, y el cuerpo de la adúltera cayó desplomado al suelo, con la cabeza casi separada de su tronco.

Casi al mismo tiempo un hombre se abrió paso por entre la aterrada multitud, y salió precipitadamente de la capilla. En sus ojos brillaba el fuego de la juventud; pero su cabello estaba enteramente blanco.

Era Vivaldo; los que se hallaban en la parte exterior del castillo, le vieron alejarse en carrera desalada.

Nadie, desde entonces, supo lo que había sido de él.

LUIS CARRILLO

LOS PERIODISTAS ITALIANOS EN BARCELONA



EN EL CAFÉ DEL CIRCO ECUESTRE.—Vermouth ofrecido por los obreros italianos á sus compatriotas, dibujo de J. L. Pellicer

UN INVENTO PRODIGIOSO

I

LA MULTIPLICACIÓN DEL CALOR

Un día de invierno.—Palacio maravilloso.—Los prodigios de Mister Koppel.—Calefacción sin gasto de combustibles.—Dónde están las chimeneas.—La multiplicación del calor.

En una ciudad norte-americana, situada á la parte oriental de las vertientes de las grandes Cordilleras del Oeste, pero cuyo nombre no hace al caso, unos viajeros, europeos á juzgar por su aspecto que no tiene nada del tipo yankee, se detienen ante un soberbio edificio de reciente construcción. Han oído contar de él maravillas y quieren conocerlas. Con ser Norte-América el país de los descubrimientos prodigiosos, de las empresas atrevidas y de las más audaces inventivas, donde nadie es capaz de admirarse de nada y sí de emprenderlo todo, han oído hacerse lenguas á todo el mundo de los prodigios en aquel palacio acumulados, del ingenio y ciencia infinita de su dueño, de los asombrosos inventos allí en ensayo para derramarlos después por el mundo entero.

Es natural, pues, que los expedicionarios sientan vivísimos deseos de conocer aquel palacio, superior en todos conceptos á los encantados de las Mil y una noches. El dueño, Mister Koppel, es amabilísima persona y les franquea en seguida de muy buena voluntad las puertas de su casa. La temperatura en el exterior es muy cruda.

Es invierno y el aire sopla del Noroeste con gran fuerza, haciendo sentir en la ciudad los efectos de las nevadas de la sierra. Los viajeros, que, á pesar de sus abrigos, sienten mucho frío al aire libre, experimentan grata sensación de bienestar al penetrar en el edificio y empiezan á recorrer, en pos del dueño, sus anchas galerías.

Pronto las pieles se hacen insoportables y los gabanes pesadísimos; Mister Koppel invita á los viajeros á dejarlos para proseguir con más comodidad su inspección por todo el interior del edificio.

En este igualan el gusto á la magnificencia, los prodigios del arte á las maravillas científicas; cuadros y esculturas de grandes maestros; micrófonos y teléfonos por todas partes, que permiten desde el más apartado gabinete oír lo que en todas las habitaciones sucede y con todas comunicarse; muebles y tapices de gran mérito; lámparas fotofónicas que al par que alumbran producen suaves armonías; pianos en los que el músico puede tocar en secreto, ó sea para sí solo sin que nadie más perciba sonido alguno, gran invento para los vecinos de los principiantes; rarísimas antigüedades que harían la delicia de cualquier aficionado; fuentes caprichosas que al mismo

tiempo que la vista, recrean el olfato; todo esto y otras muchas cosas contemplan admirados los viajeros, que á cada momento se hacen lenguas de las preciosidades que allí se encuentran y se felicitan de haber atravesado los extensos territorios del Oeste para visitar aquel palacio.

**

Pero á todo esto, mientras los visitantes, en pos del dueño cruzan galerías y salones, el frío se hace al exterior cada vez más intenso, la nieve cubre las calles, y la ventisca azota con furia las dobles vidrieras del edificio. Algún atarido transeunte envuelto en pieles cruza rápidamente calles y plazas esquivando el helado soplo de la sierra; por todas partes se perciben las muestras de un día crudísimo de invierno.

En cambio, en el interior del palacio la temperatura no puede ser más agradable. Los viajeros, ya despojados de sus abrigos, empiezan á considerar muy pesados los trajes de invierno que llevan y ven correr las fuentes en los salones con igual placer que se contemplan los juegos y saltos de agua fresca en los camarines de los palacios orientales en las horas más calurosas del estío.

Fuera, pues, el invierno con todos sus rigores; dentro la grata primavera de los países meridionales.

**

Pero lo extraño es que ni estufas, ni chimeneas, ni braseros se ven por ninguna parte. Así lo hacen notar los viajeros al elogiar la suave temperatura de que disfrutan y admirarse de los medios para conseguirla.

— Nos servimos de corrientes de aire caliente; — dice

Mister Koppel, — de este modo no hay que temer ni que el aire que haya de respirarse se vicie por los gases de la combustión, ni hay peligro de incendio y el calor es más igual al repartirse la atmósfera caliente por todo el edificio.

— Efectivamente, — replica entonces uno de los extranjeros, — todas esas ventajas tiene la calefacción por aire caliente y allá en Europa se emplea también. En lo que no estoy muy conforme, es en lo del peligro de incendio, que no deja de haberlo por los grandes hogares de combustión que hay que tener para calentar el aire. Además, este método de calefacción, aunque excelente, es sumamente caro, y sólo puede aplicarse á grandes establecimientos como hoteles y hospitales ó á edificios de cierta clase, como los de los Parlamentos, Universidades, etc. ¿A V. le costará un dineral todo esto?

— Al contrario, muy poco. ¡Si es el procedimiento más económico de calefacción! — dice sonriendo el norte-americano.

— Eso no, — contesta el viajero que antes habló. — En los hogares donde el aire, que ha de utilizarse, se calienta, se pierde la mayor parte del calor por radiación, y el aire caliente obtenido deja después otra gran parte de calor perdida por conductibilidad antes de llegar á la atmósfera que ha de calentar.

— ¿Y qué me importan todas esas pérdidas, — replicó Mister Koppel, — si multiplico el calor obtenido?

— ¿Cómo? ¿Qué dice V.? — exclaman al mismo tiempo todos los viajeros llenos de asombro.

— Repito que efectivamente hay muchas pérdidas en el calor producido en los hogares de que el señor nos habla, pero el que queda utilizable *se puede multiplicar* de modo que se obtenga al fin y al cabo más calor que el producido en los fogones; además de que yo no necesito de estos para nada; y por eso persisto en que el inconveniente del peligro de incendio no se conoce aquí en mi casa.

— ¡Multiplicar el calor! — contestan á coro. — ¿Pero será con nuevo gasto de combustible?

— Nada de eso; entonces no sería verdadera multiplicación del calor primitivo.

— ¿De modo, que con mil unidades de calor útiles en los hogares, V. consigue después tener dos ó tres mil; es decir, más de lo producido? eso es imposible.

— No lo es, y aquí, en mi casa, tienen Vds. la prueba.

— Pero, ¿cómo puede multiplicarse el calor?

— Lo explicaré en pocas palabras.

DOCTOR HISPANUS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN